

# Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



FEBRERO

Nº 53



## **Viernes de tapas sabor jamón (I): El sacrificio**

D. Víctor Asensi Ortega,  
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

## **Vida de san Basilio (II).**

Anfíloquio de Iconio.

## **¿Pathos en Dios? Una aproximación histórica: modernidad filosófica.**

D. Gabriel Orejas Irirarte,  
Universidad Francisco de Vitoria.

Síguenos en nuestras redes sociales



Estimados peregrinos:

Este año, el miércoles de ceniza, las témporas y el comienzo de la Cuaresma vuelven a caer en febrero. Estas fechas, de marcado carácter penitente, marcan el tono de expectación que no solo debe ser esperando la Pascua, sino también el carácter general cristiano, tal y como nos enseña san Pablo.

Buscando acompañar esta ocasión de penitencia, este mes traemos un artículo sobre la abstinencia, que verá la segunda parte el mes que viene. Además, continuamos que la serie sobre el teopasquismo y la publicación de la vida de san Basilio.

Como de costumbre, desde NSC-E se organiza un retiro de cuaresma del 20 al 22 de febrero. También ha tenido lugar el retiro de música sacra, donde ya han estado preparando este aspecto tan importante de la peregrinación.

Por último, les recuerdo que podéis dirigir cualquier sugerencia, comentario o comunicación respecto al boletín a [boletin@nschristiandad.es](mailto:boletin@nschristiandad.es) o simplemente respondiendo al boletín. Dios nos conceda la gracia de la penitencia en esta Cuaresma.

En Cristo y su Santa Madre, Sede de la Sabiduría,

Víctor Asensi Ortega  
Editor del boletín «*Laudate*»



# VIERNES DE PAPAS SABOR JAMÓN (I): EL SACRIFICIO

D. Víctor Asensi Ortega, Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados



*El triunfo de la Iglesia, Pedro Pablo Rubens, 1625 ca., Óleo sobre tabla. Extraída de la colección digital del Museo del Prado.*

La abstinencia de carne los viernes (especialmente en Cuaresma) no es un tema trivial. Menos ahora, cuando muchos jóvenes están intentando recuperar las viejas tradiciones ya olvidadas hace varias generaciones. Para abordarlo con la profundidad que merece, vamos a empezar muy atrás: con el acto de sacrificio.

El sacrificio es un acto de la virtud de la religión. Como es fácil banalizar el lenguaje, reflexionemos un momento sobre lo que esto quiere decir: allá donde haya religión, habrá sacrificio. ¿Y dónde habrá religión? Allá donde haya un hombre. En otras palabras: no hay hombre sin religión ni religión sin sacrificio, luego el sacrificio estará presente siempre en la vida del hombre.

Religión es una de esas cosas que o eliges o te elige. Quizás es difícil de entender para el hombre actual, pero si aceptamos que el ser huma-

no es un ser religioso, entonces, aun por mucho que la Ilustración lo intentara, es imposible conseguir una sociedad sin religión. Y, en efecto, así lo vemos. Nietzsche, a menudo malinterpretado, lo profetizó: ante la muerte de Dios, el hombre incapaz de «superarse» (el *Letzter Mensch*, la antítesis del *Übermensch*) adorará a dioses menores, convirtiéndose en un hombre incluso más despreciable que el anterior a la muerte de Dios.

Esta colección de dioses menores ha ido ordenándose en una suerte de politeísmo moderno que muchas veces se ha llamado «la religión civil». Por supuesto, no hay doctrina unificada, e intentar describirla con precisión ocuparía un libro entero. Pero por dejarlo nombrado, digamos que la trascendencia divina se transforma en la inmanencia política: la humanidad se convierte en el ser supremo y el hombre trata

de salvarse a sí mismo por medio del «Gran mediador» que es el Estado. Conflictos como el cambio climático, independiente de su materialidad, pasa a ser cuestión de estado y, por ende, adquieren un cariz religioso.

Probablemente, detenerse a ver el sacrificio en la religión actual es más farragoso que explicarlo con el ejemplo pagano. Como hijos de la Ilustración, tenemos muy interiorizado que eso de matar un buey para ganar la guerra es una superstición, pero matarlo para que el metano que produce no aumente los gases de efecto invernadero (aumento objetivamente insignificante, sin entrar en nada más) no lo es. «No va de cuánto contaminen nuestras vacas —dirá el burócrata—, sino de hacer lo correcto». Así es: no se trata de solucionar el cambio climático, es una decisión moral amparada por un sistema ético erróneo.

Tal vez el tema del cambio climático sea tan nauseabundo y ya tan criticado por tantos sectores que usarlo como ejemplo de sacrificio de la religión del hombre quede forzado. Además, no todos los creyentes de esta religión son tan devotos del clima. No es problema. Siendo el sacrificio acto de la religión, es fácil verlo manifestado hasta en el más desinteresado de sus fieles, solo hay que ver cuándo sí y cuándo no le merece la pena el sacrificio: no voy a sacrificar mi juventud cuidando a un niño; no voy a sacrificar mi madurez cuidando un anciano; no voy a sacrificar mi carrera profesional por una relación romántica; no voy a sacrificar mis pasiones por una única persona; etcétera. En definitiva, la religión actual no escapa de aquello que comparten todas las religiones: el sacrificio.

Hasta aquí el excursus sobre la religión civil. El mensaje es que, incluso la única civilización que activamente ha intentado borrar la religión, la reinventa. Pero sigamos con el tema del sacrificio, porque hay un aspecto que es más difícil de ver en la religión del hombre y que sí merece la pena buscar en religiones más pías: la expiación.

Sacrificio está compuesto por dos palabras: *sacer* y *facere*. *Sacer* es una forma más moderna de la palabra latina *sacro*, con el mismo significado que tiene en castellano actual. Es decir, sacrificar significa, literalmente, que algo pasa de ser profano (pro-fano, en frente del fano, un sinónimo de templo) a ser sacro. Significa una pérdida real del uso original de lo sacrificado, que pasa a dedicarse exclusivamente al culto divino.

El hombre que se sabe sujeto a una ley superior se sabe también pecador. El pecado es muy difícil de encajar en la religión del hombre: si nos lo damos todo a nosotros mismos, ¿por qué nos íbamos a dar pecado? Es por eso que las escuelas más fervientes de esta religión siempre están «a un cadáver de la utopía». Pero, para el pagano piadoso, el pecado está claro: él se equivoca muchas veces.

Y, ¿cómo una criatura tan infame podrá presentarse dignamente ante el ser supremo? Siendo honestos y piadosos, no es posible. Por eso el pagano sacrificaba lo mejor que tenía como ofrenda a los dioses, para intentar hacerse digno de ellos. Este es el sacrificio expiatorio.

En la vieja ley, el sacrificio expiatorio por excelencia era el cordero pascual. Era el sacrificio que purificaba el alma. Sin embargo, antes del sacrificio expiatorio, otros sacrificios habían de guardarse para no caer en impureza. Por ejemplo, las restricciones alimentarias: el cerdo era animal impuro, y comerlo te hacía impuro a ti.

Es importante entender cómo vivía el pueblo de Israel esas restricciones: comer cerdo no te hacía impuro por desobedecer a Dios, o al menos no solo por eso. Al mandar Dios no comer del cerdo, estaba relevando a su pueblo que comer de ese animal te hacía verdaderamente impuro. Es decir, el hecho de comer cerdo tenía un efecto real en ti: embrutecerte. Del mismo modo, la sangre del cordero pascual no era para ellos un simple símbolo: verdaderamente entendían que era esa sangre la que de verdad purificaba al hombre.

No es muy diferente a cómo los paganos de su época vivían sus sacrificios animales, o cómo los musulmanes de la actualidad evitan el cerdo. En esto último hay cierto hermanamiento entre el cristiano y el moderno. Ambos le preguntan al musulmán: «¿De verdad Alá te va a destruir por haber comido un caramelo que contiene un ingrediente que contiene una proteína que proviene del cerdo?». Pero es que Alá no juzga intenciones, Alá te dice que el cerdo te hace impuro, y eso es un hecho para el fiel musulmán. Por eso, con que te toque una única molécula de panceta te hace «objetivamente» impuro en ese sistema.

Pero Cristo cambia esta realidad de arriba abajo. Él, que es Dios hecho hombre, se sacrificó de una vez y para siempre por toda la humanidad. La magnitud de este sacrificio es inefable. Es el mismo Verbo de Dios hecho hombre, el

Dios verdadero, el que ordena todo el universo, el que muere en la cruz por nuestros pecados. Y es la sangre de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, la que nos purifica a los que nos unimos a Él por el bautismo.

Ante tal sacrificio, sacrificar un cordero no solo sería innecesario, sino insultante para Dios. Estaríamos diciendo que la sangre del Hijo hecho hombre no es suficiente para borrar nuestros pecados. Y, por increíble que parezca, esta novedad del cristianismo, que abolió todo sacrificio ritual, fue recibida con mucha reticencia en la antigüedad. Pues, como hemos visto, el sacrificio expiatorio es central en la mayoría de religiones.

Cristo, sin embargo, no rompe con el sacrificio de la religión natural (ni de la ley vieja), sino que lo eleva al plano espiritual de la vida nueva. En virtud del bautismo, todos podemos ofrecer eficazmente sacrificios espirituales en el altar de nuestro corazón. Suena poético, pero es la descripción de una realidad impresionante.

El fundamento de esto es lo que le explica Nuestro Señor a Nicodemo en III Juan: lo nacido de la carne, es carne; y lo nacido del espíritu, es espíritu. Nos es necesario volver a nacer del espíritu, ya que no podemos volver a nacer de la carne, para sí hacernos hijos del Padre de nuevo renaciendo del agua (bautismo). Y, por tanto, desde ese momento, nuestra relación con Dios se maneja en términos espirituales.

El cambio de lo terreno a lo espiritual es la reforma más grande que hace Dios a su religión. Es uno de los principales mensajes del Evangelio, especialmente en lo referido a la presencia de Dios: a Él ya no se le adora en el templo ni en la montaña, sino que «Dios es espíritu, y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad» (Jn 4, 20-24).

Es por esto que Cristo también nos dirá: «No lo que entra en la boca mancha al hombre; sino lo que sale de la boca, eso mancha al hombre» (Mt 15, 11). Es decir, el cerdo no te va a hacer impuro, porque es tu espíritu renacido en Cristo lo que debe permanecer puro, y lo que puede mancharse por los malos actos que salgan de tu corazón.

Aún más, al tomar Cristo posesión de toda la creación, y al hacernos semejantes a él por el bautismo, «todo nos es lícito» (1 Cor 6, 12-20). En los siguientes versículos, san Pablo concreta la enseñanza: el cuerpo, por ejemplo, no es para

la fornicación, pero «los alimentos son para el vientre y el vientre para los alimentos». Por tanto, las restricciones alimentarias no son propias de los hijos de Dios cuya libertad ha sido comprada a tan alto precio.

Al principio, incluso entre los apóstoles costó que calara. Pedro es el que pregunta a Cristo por la costumbre de la ley cuando les enseña qué es lo que hace impuro al hombre. No es casualidad que también sea Pedro en los Hechos el que se muestra reticente a comer carne impura. En una visión, el Señor le muestra carne impura y Pedro piensa que lo está probando, hasta que una voz le dice: «Lo que Dios ha purificado, no lo declares tú común». Justo después de esta visión, san Pedro bautiza al primer gentil cristiano, Cornelio.

Por todo esto, los razonamientos del tipo «haram/halal» son antitéticos a la fe católica. La naturaleza espiritual exige a los cristianos un *sensum fidei* capaz de discernir qué conviene en cada momento, dado que de por sí, el cristiano es libre. Justo aquí es donde entra la Iglesia, que como madre misericordiosa, realmente nos ayuda cuando nos indica cuál es la justa medida de los sacrificios que le seguimos debiendo a Dios por religión, si bien con toda esta nueva realidad detrás.

En efecto, para Cristo y para el cristiano, la carne no es más que carne. Pero, como decíamos, en virtud de ese magnífico don del Redentor, privarnos de carne el viernes es un sacrificio que Dios acepta como agradable, si lo ofrecemos como tal en nuestra intención. Independientemente de si nos hace personas más disciplinadas en el plano natural, este sacrificio nos hace de verdad mejores espiritualmente.

De momento, baste esto para empezar la Cuaresma. El sacrificio que nos manda la Iglesia de no comer carne el viernes es válido, no porque la carne sea impura, sino porque Cristo, Dios mismo, ha hecho suya la naturaleza humana y ha abierto esta espectacular puerta: nuestro miserable sacrificio, humano, polvo y nada, es elevado por la gracia a un acto de verdadera religión.

Sobre por qué carne, si en la restricción entran las papas sabor jamón y los temas que de ahí se deriven, hablaremos en la siguiente entrega con el favor de Dios.

# VIDA DE SAN BASILIO (II)

## Anfíloquio de Iconio

### Capítulo III

Llegando a la ciudad de Antíoco, se alojaron en una posada. El hijo del hospedero, llamado Filoxeno, estaba sentado junto a la puerta en profunda reflexión, ya que era discípulo del sofista Libanio, quien le había encargado realizar una traducción de ciertos versos homéricos a versos retóricos. Estando Filoxeno muy atribulado, desfallecía por esta tarea, mas, viéndolo Basilio, le dijo: «¿Por qué estás tan triste, joven?». Y le respondió: «¿Qué gano con decírtelo?». Mas, insistiendo Basilio y asegurándole que le sería de utilidad, le habló del sofista y de los versos, y de que por eso lo estaba pasando mal. Basilio, por su parte, se puso a leer los versos y le empezó a decir su traducción, y el adolescente, tan sorprendido como contento, le rogó que lo pusiese por escrito. Basilio escribió su traducción en tres versiones distintas, y el chico lo recibió con gozo, y por la mañana, se dirigió a Libanio y le dio la traducción de los versos. Tomándolos Libanio, consternado por la traducción, le dijo: «Por la divina Providencia, ninguno de los sabios actuales puede traducir de esta manera, ¿de dónde ha salido, pues, el que ha hecho esto de un modo tan novedoso?». Y respondió el chico: «Un peregrino que vino a mi posada fue mi amable en proponerme esta solución». Sin posponer nada, llegó con presteza Libanio a la posada y, viendo a Basilio acompañado de Eubulo y reconociéndolos, quedó estupefacto por la inesperada llegada de ambos, y les rogó que se hospedasen en su casa y, habiendo logrado esto, les pidió que tomasen una comida sabrosa y bien preparada. Ellos, en cambio, tomando con moderación pan y agua según su costumbre, dieron gracias a Dios, dador de todo bien. Libanio, por su parte, estaba deseoso hacerles preguntas y de partir acerca de verbosidades retóricas, mas ellos le propusieron palabras de fe, y Libanio, advirtiendo lo que decían, les dijo: «No es todavía tiempo de esto, pues cuando lo mandare la altísima Providencia no habrá quien resista, pero como me fuiste de grandísimo aprovechamiento, oh



San Basilio, Mosaico en Hagia Sophia (Kiev). Extraído de Wikimedia commons.

Basilio, no desdeñes disputar ahora en presencia de mis aprendices». Por su parte, Basilio, tras reunirse los jóvenes con rapidez, les enseñó la pureza del alma y la impasibilidad del cuerpo, el paso manso, la voz templada, la conversación ordenada, el alimento y bebida invariables, el silencio ante los ancianos y la escucha ante los sabios, la sujeción a los prelados, la caridad no fingida hacia los iguales o menores, a hablar poco pero a entender mucho, a no exasperarse en el hablar, no sobreabundar en las palabras, no ser pronto a la risa, a adornarse de pudor, no hablar con mujeres impudicas, tener la vista baja, pero elevada el alma; huir los conflictos, no perseguir la dignidad de maestro, no estimar en nada los honores conferidos por quienquiera, «y si alguno de vosotros puede asimismo aprovechar a los

demás, espere de Dios la recompensa, y recibir los bienes eternos de parte de Cristo Jesús, nuestro Señor». Tras decir estas cosas a los discípulos de Libanio, Basilio recibió magníficas alabanzas de parte de todos, y reemprendió el camino junto con Eubulo.

## Capítulo IV

Una vez que llegaron a Jerusalén, visitaron los santísimos lugares con fe y amor, y adoraron en ellos a Dios, que está sobre todas las cosas. Despué, se presentaron ante el obispo de la ciudad, llamado Maximino y, postrándose, le pidieron recibir la divina regeneración en el río Jordán. El santo varón de Dios, lleno de gracia, fijando en ellos la vista, les concedió lo que pedían, y se fue al Jordán junto con ambos fieles varones. Una vez que Basilio llegó a la orilla, se echó sobre el suelo y, con lágrimas y gran clamor, pedía que se le revelase visiblemente el signo la fe que profesaba y, enseguida, levantándose con temor, se quitó sus vestidos, y con ellos sin duda el hombre viejo; y ésta era su oración mientras bajaba al río, y, acercándose el sacerdote, lo bautizó. Y un resplandor de fuego lo iluminó, y una paloma que venía de dicho resplandor bajó al agua y, una vez que se movió el agua, voló al cielo; y los que estaban presentes quedaron llenos de temor y glorificaron a Dios. Una vez bautizado Basilio, salió del agua, y, admirado Maximino del amor que tenía a Dios, pronunciando la oración sobre él, lo vistió con las vestimentas de la resurrección de Cristo. Bautizó también a Eubulo, y ungíéndolos asimismo con el santo crisma, les administró la comunión vivificante, y pidió a Basilio el sacerdote de Dios que, tras la oración, tomase alimento, lo que hizo, diciendo: «Señor Jesucristo, Dios nuestro, de esta creo en tu voz evangélica, y espero de tu benignidad que, comiendo y bebiendo, venza, con la cooperación de tu Santo Espíritu, al diablo que se opone a nosotros». Sorprendido el sacerdote de Dios de su fe, regresó con ellos a la ciudad santa. Pasando un año en ella, se fueron de común deliberación a Antioquía, y

Basilio fue promovido al orden del diaconado por Melecio, obispo de la misma ciudad, e interpretando las palabras de los Proverbios, creció mucho la admiración por él.

## Capítulo V

No mucho tiempo después, partió junto con Eubulo a la región de Capadocia, y, cuando ya entraban en la ciudad de Cesarea, se reveló en visión nocturna al obispo de aquella ciudad, llamado Eusebio, su llegada, y también que Basilio había de ser su sucesor. Y, despertándose, llamó al principal en la administración de la Iglesia y a algunos de los venerables clérigos, y los mandó a la puerta oriental de la ciudad, narrándoles la visión, y, yendo hacia la puerta, les salieron al encuentro mientras entraban. Y, viéndolos y reconociéndolos, les rogaron que subieran a donde estaba el obispo. Y, al entrar, mirándolos el santísimo obispo, y sorprendido por el parecido con su visión, dio gracias a Dios y les preguntó de dónde venían, y a dónde se dirigían, y cuáles eran sus nombres. Una vez oido todo, les dijo a los diáconos que les diesen lo que necesitaban para su descanso, y éstos los llevaron a una habitación espléndida les ofrecieron todo lo que se necesitaría para estar a gusto. En esa misma hora, llamando el santísimo varón a los más ilustres del clero y de la ciudad, les contó lo que Dios le había revelado. Ellos respondieron a una voz: «En verdad, una vida tan pura como la tuya es digna de que se te revelase divinamente desde el cielo quién debía adornar después de ti el trono pontifical, por lo que, sin dejar lugar a dudas, haz lo que te parezca». Y el obispo, llamando a Basilio y a Eubulo, comenzó a escrutar con ellos las sagradas Escrituras, y, admirando el piélago de sabiduría que había en ellos, y teniéndolos por idóneos auxiliares, murió no mucho tiempo después. Reuniéndose, pues, los obispos en sínodo, eligieron, con la cooperación del Espíritu Santo, a Basilio para el trono episcopal, el cual, una vez consagrado, rigió, por la providencia de Dios, dicha Iglesia.

# ¿PATHOS EN DIOS? UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA: MODERNIDAD FILOSÓFICA

D. Gabriel Orejas Iriarte, Universidad Francisco de Vitoria

En la Edad Moderna ocurre el gran giro que sentará las bases para un cambio de parecer en el tema de la pasibilidad/impasibilidad de Dios<sup>1</sup>. En los capítulos anteriores, se ha visto que la tesis de la impasibilidad divina, entendida como se ha expuesto, era algo aceptado y defendido en líneas generales. Como en las épocas pretéritas, el tema de la pasibilidad divina no fue tratado de manera directa, sino más bien de manera indirecta a partir de ideas respecto a Dios. Sin embargo, como se ha dicho, en este período hubo cambios importantes a la hora de entender a Dios, tanto en filosofía como en teología. Los golpes que empezaron a demoler la teoría de la impasibilidad divina fueron principalmente dos: la «reforma» protestante con su teología de la cruz, y la filosofía racionalista moderna, que dará pie a una concepción de Dios no providente ni amoroso, aunque con diferencias en los autores. Esto causó que se diese al término impasibilidad la connotación que hoy tiene. Esta filosofía influyó en las comunidades protestantes y dio origen a la teología liberal.

La «reforma» protestante rompió con la tradición precedente y propuso un nuevo modo de entender la Revelación, además de una nueva teología: la teología de la cruz<sup>2</sup>. Esta bebió de las ideas nominalistas expuestas en el epígrafe anterior. La expresión fue acuñada por Lutero en sus tesis de Heidelberg de 1518. Esta teología se contrapondría a la teología de la gloria (=la teología anterior o clásica). Criticaba la teología especulativa medieval, que trataba de conocer atributos de Dios por medio de la analogía. Se consideró que este esfuerzo especulativo no sería sino algo soberbio, pues equivaldría a alcanzar la gloria de Dios por las propias fuer-



*La elevación de la cruz, Pedro Pablo Rubens, 1610 ca., Óleo sobre tabla. Extraído de Wikimedia Commons.*

zas humanas (la razón). Así, en vez de buscar a Dios por esta especulación presuntuosa, Lutero propone que solo podemos conocer a Dios escondido en Cristo, en especial en su pasión y crucifixión. De esta manera, solo podríamos tener un conocimiento vago, desconcertante y opacado de Dios, y caeríamos, así, en el fideísmo y rechazaríamos cualquier aproximación racional. Para defender esta idea, se basa en algunas afirmaciones de san Pablo en la Carta

<sup>1</sup> Hubiese sido interesante ver la cuestión en los textos pertenecientes a la llamada *Devotio Moderna*. Lo dejamos para otros estudios.

<sup>2</sup> Eduardo VADILLO ROMERO, *Antropología teológica I: introducción teológica a la creación, vocación sobrenatural y pecado original*, pp. 206-207.

a los Romanos<sup>3</sup> y las Cartas a los Corintios<sup>4</sup>. Es en la cruz donde se daría el verdadero conocimiento de Dios. Esta teología está llena de parradojas desconcertantes<sup>5</sup>. Este modo de pensar marcó un nuevo camino en la reflexión de la pasibilidad/impasibilidad divina. Lutero no trató el tema en sí mismo, pero marcó la senda que seguirán futuros autores defensores del teopasquismo como se verá más adelante.

En cuanto a la segunda causa, la filosofía moderna, a pesar de su aparente novedad, volvió a esquemas, con diversos matices, de muchas de las filosofías antiguas. Según Descartes<sup>6</sup>, Dios simplemente sería la primera causa que había puesto en funcionamiento el mecanismo del universo, pero, una vez dado el primer impulso, la gran máquina del mundo no necesitaría de la ayuda de Dios para subsistir. Como se ve, el planteamiento es muy similar al atomismo de los epicúreos. Así, Dios no gobierna ni es providente respecto del mundo, sino solo su activador. Dios sería por ello impasible, entendiendo este concepto como una indiferencia ante su creación una vez que está ya en funcionamiento. Baruch Spinoza vuelve a traer un planteamiento parecido al de los estoicos, en el cual Dios sería inmanente al mundo, pues este y Dios se identificarían<sup>7</sup>. La naturaleza para Spinoza sería divina. La diversidad de entes serían meros modos o caras de la substancia divina

a la que pertenecemos. Según Héctor Sevilla Godínez<sup>8</sup>, de esta concepción se deduciría fácilmente que en Dios no hay emociones o pasiones, pues no es personal, siendo este inmutable. Es más, en el planteamiento de Spinoza, debido a su monismo metafísico, no habría lugar para el cambio, volviendo a la postura de Parménides<sup>9</sup>. Por otra parte, Leibniz concibió a Dios como la mónada absoluta en la cual se encuentra el fundamento de la armonía pre establecida del universo, además de todas sus leyes determinantes<sup>10</sup>. Así, para este autor, Dios tampoco sería pasible, providente ni amoroso, pues solamente sería el garante del orden prefigurado del mundo y de las leyes necesarias que lo rigen. Como se ve, en estos autores se mantiene la idea, con sus diferencias y matices, de que la divinidad es impasible, pero con el añadido de que tampoco es providente ni amorosa<sup>11</sup>. Dios es solo el relojero que ha dado cuerda a la gran máquina autosuficiente que es el universo. Esto es muy importante, pues muchos autores, a la hora de criticar la impasibilidad divina, la entenderán a la manera de estos pensadores.

En el campo filosófico falta mencionar un autor que puso los cimientos para las futuras reflexiones acerca del teopasquismo, aunque ya entra en la época contemporánea. Este no es otro que Hegel<sup>12</sup>. Para Hegel Dios es un ser

<sup>3</sup> Rom 3, Rom 4 y Rom 7, 13-25.

<sup>4</sup> 1 Cor 1, 17- 29 y 1 Cor 1, 18-15; 2, 1-2. 2 Cor 12, 10.

<sup>5</sup> Algunos ejemplos son las afirmaciones sobre la oscuridad e irracionalidad de la Palabra de Dios y de este mismo o que la verdad de Dios está oculta bajo lo que parece ser mentira. Véase Martín Lutero, *Obras Volumen II: 95 Tesis sobre el Valor de las Indulgencias*; Martín LUTERO, *Obras Volumen IV: La voluntad determinada*.

<sup>6</sup> Vicente LOZANO DÍAZ, *Razón y realidad en el pensamiento occidental*, pp. 233-247.

<sup>7</sup> Eduardo VADILLO ROMERO, *Antropología teológica I: introducción teológica a la creación, vocación sobrenatural y pecado original*, pp. 261-262; Vicente LOZANO DÍAZ, *Razón y realidad en el pensamiento occidental*, pp. 249-259.

<sup>8</sup> Héctor SEVILLA GODÍNEZ, *El pathos divino en la filosofía judía*, pp. 262-263.

<sup>9</sup> Sin embargo, aquí se ve una contradicción del planteamiento de Spinoza y de la apreciación de Héctor Sevilla Godínez con lo que se ha comentado en la página 9 sobre que, en última instancia, el panteísmo puede derivar en un teopasquismo, pues el mundo/Dios está sometido al cambio.

<sup>10</sup> Eduardo VADILLO ROMERO, *Antropología teológica I: introducción teológica a la creación, vocación sobrenatural y pecado original*, pp. 262-264; Vicente LOZANO DÍAZ, *Razón y realidad en el pensamiento occidental*, pp. 261-270.

<sup>11</sup> Nótese la diferencia de la connotación del término con la de los Padres o los autores medievales, en los que nunca estuvo presente.

<sup>12</sup> Sebastián RAMOS MEJÍA, *La cuestión del sufrimiento de Dios Una aproximación al pensamiento teológico contemporáneo*, p. 270; Vicente LOZANO DÍAZ, *Razón y realidad en el pensamiento occidental*, pp. 317-342; Giovanni REALE y Dario ANTISERI, *Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo 3º, Del*

en devenir, un Dios que se hace mediante un proceso dialéctico. No es inmutable, sino dinámico. El destino de todo ente es la negación o destrucción para así poder darse la totalidad. En el plano de la Encarnación, Dios al encarnarse y morir se negaría a sí mismo y moriría para luego volver al Padre. Cabe mencionar que, debido a esta concepción, Dios sería inmanente, no trascendente. A partir de estas ideas se desarrollarán teorías teológicas que buscarán atribuir dolor (una determinada pasión) a Dios mismo, ya sea en su esencia misma o en la relación que Este tiene con la creación. La propia teología kenótica fundada por G. Thomasius en el siglo XIX es un claro ejemplo de la influencia hegeliana en esto<sup>13</sup>. Esta corriente interpreta la kénosis (=vaciamiento) del Hijo como un despojamiento total o parcial de su esencia divina. Desde esta doctrina se puede afirmar sin problema el teopasquismo, en cuanto que Dios, al dejar su divinidad o parte de ella, es capaz de sufrir<sup>14</sup>.

Por último, es necesario hablar del paradójico desarrollo que sufrió la teología protestante en el siglo XIX y los inicios del siglo XX. Junto a la teología de la cruz, apareció una nueva corriente teológica denominada teología liberal<sup>15</sup>. Esta se inspiró y empezó a tomar ideas de varios autores como Schleiermacher, Hegel y David Strauss. Sus mayores representantes fueron Albrech Ritschl y el mismo Adolf von Harnack. Este autor destacó por aplicar a la Sagrada Escritura y a la Tradición el método histórico-crítico, que sería la única manera de realizar un estudio científico de estos objetos. Por este camino se acabaron negando los milagros, que quedarían reducidos a un fruto de la mentalidad mágica de la época antigua, y los dogmas, los cuales estarían causados por

la helenización que sufrió el cristianismo en los primeros siglos<sup>16</sup>. De esta forma, el cristianismo quedaría reducido a una enseñanza moral. Su objetivo consistió en demostrar que hay una coincidencia entre cristianismo y cultura. El resultado fue una teología de corte racionalista que también influyó notablemente en la herejía del modernismo. Sin embargo, debido a los acontecimientos históricos de inicios del siglo XX y a la aparición de nuevas filosofías como el existencialismo, muchos teólogos protestantes empezaron a desarrollar otras alternativas teológicas. Estas buscaron volver a la teología de la cruz, adaptándola a las nuevas filosofías del momento<sup>17</sup>.

En conclusión, la Edad Moderna y autores contemporáneos como Hegel y Harnack, produjeron las bases que permitieron un cambio de dirección en el pensamiento acerca de la pasibilidad/impasibilidad de Dios, cuyas consecuencias empezaron a desvelarse a finales del siglo XIX. Por un lado, apareció la teología luterana de la cruz, que negaba que la razón pudiera conocer a Dios, siendo el único camino un entendimiento de la divinidad oscuro y paradójico a partir de la pasión del Hijo. Y, por otro, las diversas filosofías modernas trajeron viejas visiones acerca de la divinidad, la cual sería impasible (=insensible o indiferente), pero también no-amorosa ni providente con el universo. Estas ideas llegaron a dominar parte de la teología protestante, negando cualquier elemento sobrenatural y espiritual en la Revelación. Como pieza clave, la aparición del pensamiento de Hegel proporcionó las herramientas necesarias para poder llevar a cabo la revolución que ya a principios del siglo XIX se empezaba a vislumbrar.

---

*Romanticismo hasta hoy*, pp. 99-154; Eduardo VADILLO ROMERO, *Antropología teológica I: introducción teológica a la creación, vocación sobrenatural y pecado original*, pp. 268-270; Hans Urs von BALTHASAR, *Teodramática. Vol. 5, El último acto*, pp. 221-224.

<sup>13</sup> Pío XII, *Sempiternus Rex Christus*.

<sup>14</sup> No está de más decir que esto contradice las sentencias del concilio de Calcedonia.

<sup>15</sup> Giovanni REALE y Dario ANTISERI, *Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo 3º, Del Romanticismo hasta hoy*, p. 653.

<sup>16</sup> Todo esto se puede comprobar en las obras citadas de Harnack más arriba: página 3, nota número 2.

<sup>17</sup> Se verán algunas más adelante.



## Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

[Suscríbete](#)

